

LA SANTIFICACIÓN

Me propongo tratar, usando de total libertad, la verdad de la santificación cristiana. No me limitaré a los versículos que sirven de introducción al término en el pasaje que acabamos de leer, sino que los relacionaré con otras porciones más de la Palabra de Dios que exponen esta verdad, ya sea del modo en que el Señor la introduce aquí o bien desarrollándola en sus detalles más prácticos. Que hay un sentido especial en la manera en que nuestro Señor utiliza el término es evidente para cualquiera que sepa ponderar Sus palabras. Lo que espero demostrar convencerá a algunos —que tal vez no lo hayan percibido aún— del peligro de enseñar solo una cara de la verdad, por valiosa que sea. Confío en que veamos también que todo este asunto recibe un tratamiento más amplio y más profundo en la Palabra de Dios que en ninguna otra parte. Esto no deja en descrédito lo que la mayoría de los hijos de Dios puedan ya conocer. Deberíamos gozarnos de que esto sea así, sin excepción del menor de nosotros, ya que hay mucho más por conocer de lo que nunca llegaremos a imaginar. ¿Vamos a maravillarnos al ver que la mente de Dios es infinitamente rica comparada con la nuestra? En efecto, y deberíamos llevar constantemente nuestra pequeña medida de comprensión hacia la verdad de Dios con seguras garantías de descubrir que hay mucho más que escapa a nuestra percepción, aunque nos creamos en posesión de ella.

No voy a empezar diciendo lo que existe y es erróneo. Hay opiniones que disienten de la verdad sobre este tema y que predominan hoy en la cristiandad. Mi propósito no es tratar, al menos en detalle, lo que creo que carece de fundamento, sino acometer la feliz y humilde tarea de investigar la simple verdad y demostrar con la evidencia más clara posible la importancia primordial de la Palabra de Dios, y que nunca encontraremos en las capacidades del hombre.

Cuando nuestro Señor dice «por ellos yo me santifico a mí mismo», me parece una prueba palpable e irrefutable de que la opinión sobre la santificación que predomina entre los hijos de Dios es bastante deficiente. Incluso quienes disciernen lo que proviene de Él solo ven una pequeña parte de la verdad. En general, limitan la santificación a la obra práctica que el Espíritu divino lleva a cabo en las almas de los que, si bien son nacidos de Dios, sostienen una gran lucha y recurren sin embargo al poder de Su gracia a través del conocimiento de Cristo contra su propio mal. Es evidente que esto no lo podemos aplicar al versículo 19, ni siquiera tratándolo superficialmente. Debe reconocerse, por lo tanto, que la santificación tiene que tener un significado distinto de lo que se piensa sobre ella, y que trasciende el lugar en el que suele quedar encerrada. «Por ellos yo me santifico a mí mismo», dice el Señor Jesús.

Ya desde el comienzo el hijo de Dios hace el feliz descubrimiento de que la humanidad caída no admite mejora. En su alma tiene la seguridad de que el Señor Jesús no hace aquí referencia a la santificación que habla de los tratos del Espíritu con una naturaleza mala. En Él no había ningún mal que hubiera de ser sometido o mejorado. ¿Qué hijo de Dios no rechazaría, horrorizado, tal pensamiento?

Por consiguiente, hay muchos que, con ignorancia, y con ansias de poseerla, han obtenido un significado muy vago de la verdad sobre el hecho de que nuestro Señor se santifique a Sí mismo. Los israelitas suponían que el Señor utilizaba este significado para hablar de manera figurada de Su sacrificio, si es que no lo hacía ya al hablar de otras verdades. Pero enseguida vemos que es un error. No hay ninguna razón para apartarse del pensamiento raíz contenido en la santificación, que habla de la separación para Dios de aquellos a quienes concierne. Este

es el sencillo y verdadero significado, del que no tenemos la mínima excusa para apartarnos. No importa dónde se encuentre esta palabra en las Escrituras; en lo que al hombre se refiere, la santificación siempre trata de su separación para Dios. La manera cómo se hace en la persona ya es otra cosa.

Vemos que en el sistema judío la nación estaba separada en virtud de una clase externa de ordenanzas, particularmente las de la circuncisión; pero esta separación, de hecho, se llevaba a cabo en todas las manifestaciones de la vida de un judío. Todo el sistema ritual de ordenanzas y juicios que ponían a prueba, en la práctica, sus costumbres, ponía de relieve la evidencia, la medida y la sustancia que conformaban su separación para Dios.

En esta ocasión, el hecho sorprendente que tenemos en la oración abierta que hace el Señor al Padre es que comienza a haber una clase nueva de separación. Entre los que se hallaban separados como israelitas tenemos a los propios discípulos, que debían asumir este tipo de separación, más aún cuando el Señor se dignaba a separarse por ellos. Por Sí mismo no necesitaba hacerlo. Tendremos que acomodarnos a esta manera de pensar, que disiente generalmente de la que predomina entre los hombres. En realidad, no hay prueba más sorprendente de la importancia de una separación en el cristiano que el hecho destacado de que nuestro Señor hace aquí Su rogativa al Padre para que los discípulos, que ya estaban en un nivel moral separados del pueblo judío y de todos los demás pueblos de sobre la faz de la tierra, fuesen santificados en la verdad. Él no se conformaba con atraerlos hacia Su Persona mientras estuviera aquí, sino que quería hacer de ellos algo más que Sus seguidores, pues tenían puesta la fe en Él. Todo lo demás seguiría sin cambios; sin embargo, ruega: «Santifícalos con tu verdad». Teniendo esto en cuenta, no podía tratarse más de una cuestión de la ley. Va más allá de toda controversia. Los discípulos tenían que ser los santificados del pueblo que poseía la ley. Podían formar parte de un pueblo santo, pero debían ser puestos aparte, no solo de los hombres, sino también de Israel, de todo lo que ellos mismos una vez habían sido, y separados como una clase totalmente nueva de gente. La ley que cortaba la práctica israelita con los gentiles no es la norma de la vida cristiana.

Continuando con lo dicho, al llevar a cabo esta separación o santificación de los discípulos, el Señor Jesús muestra que debe contribuir personalmente a ello, para lo cual debe separarse el primero: «Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad».

Pues bien, lo primero sobre lo que quiero llamar vuestra atención es el instrumento empleado. Los discípulos tenían que ser santificados, como Él dice, «en tu verdad». Luego les explicaría lo que quería decir con la verdad del Padre. «Tu palabra —la palabra paterna— es verdad». No tenemos ninguna duda de que el nombre del Padre proviene directamente del tiempo y de los santos escritos donde Su nombre fue revelado. Es en el Nuevo Testamento, que a todos nos es familiar, donde se declaró el nombre paterno. El Señor Jesús sale justo al principio, por ejemplo, en el Evangelio de Mateo, declarando este nombre. Sabemos también que los discípulos no comprendían su poder efectivo, y no podían hacerlo mientras se hallaran en el estado de transición en que acompañaban al Señor. Todo el tiempo que duró Su ministerio, haciéndose más evidente al finalizar, les dio a entender que se produciría un gran cambio. En el capítulo que hemos leído en Juan 17 habla de algo que guarda relación con lo que acabamos de comentar: «Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún». Lo había hecho durante toda Su vida; en cambio, no se detiene aquí, puesto que tenía que declararlo con una plenitud mayor a partir de entonces. Había muchas cosas que quería comunicar a los

discípulos, pero la situación en que se encontraban se lo impedía. Cuando hubiera venido el Espíritu de verdad los guiaría hacia todo lo verdadero.

En las Escrituras, y de modo particular en el Nuevo Testamento, el nombre del Padre es anunciado. El Señor Jesús lo declaró tanto en persona como por medio del Espíritu Santo enviado desde el cielo. El nombre del Padre nos es anunciado de la forma más manifiesta y directa ¡Y qué cambio más poderoso, hermanos míos! Aquel que permanece quieto, el único y verdadero Dios, quien fuera revelado a los hijos de Israel como Jehová, y anteriormente como el Todopoderoso a los padres Abraham, Isaac y Jacob, estaba dándose a conocer ahora en la relación íntima de Padre y lo que este nombre implicaba. Aun así, no olvidemos que había algo más. No es meramente la intimidad del amor, sino el modo en que el Hijo conocía a Dios Padre. Es decir, como Él es en verdad, de la manera más plena y profunda en que el único capaz de conocerle le conoce. Y el que conocía al Padre desde toda la eternidad, el Hijo unigénito, había descendido como hombre sobre la tierra, y nacido de mujer seguía siendo el Hijo. En esta condición caminó en una comunión inquebrantable con el Padre. Todo era realmente nuevo, y a los discípulos se les permitió ver y conocer el fruto de esta comunión santa. A partir de aquel momento, recibieron más. Una verdad asombrosa es anunciada del modo más eficaz sobre que el Señor Jesús, por medio de la obra que efectuaría para ellos —y que en espíritu ve ya acabada— los introduciría en un gozo más real y profundo de esta relación, y mientras pasaran por este mundo los llevaría al conocimiento del Padre como nunca lo había tenido nadie, salvo el Hijo solamente.

Puedo garantizaros que en el conocimiento que el Hijo tenía del Padre había algo inefable y totalmente inalcanzable para la criatura. Acordémonos, hermanos, de que nuestro conocimiento del Padre es en cierta medida más elevado que el mero conocimiento que posee la criatura. Verdad es que nunca dejaremos de existir como criaturas, aun en el estado glorificado, pero ahora es cuando somos llevados a un lugar totalmente nuevo como partícipes de la naturaleza divina, y con el Espíritu Santo que se nos ha dado gozamos de ello con todas las fuerzas, al tiempo que se lo testificamos a los demás. Somos presentados de manera perfecta y consciente como los hijos de Dios, siendo que hemos nacido de Él. Y para el Señor Jesús, después de dar por concluida la entera sucesión de la raza en la cruz y de entrar en las alturas, según los consejos divinos, en Su nueva y definitiva condición de hombre en presencia de Dios, llegaba el momento de que fueran revelados el nombre del Padre y la verdad por medio del Espíritu Santo, como no hubiera sido posible de otro modo.

En vista de ello, nuestro Señor ruega que los discípulos sean santificados por la palabra del Padre, por Su verdad. Y lo cierto es que el conocimiento de Cristo tiene consecuencias infinitamente mayores que las que antes he referido. No solo se nos ha capacitado por el Espíritu que mora en nosotros poder apreciar Su mente, sino que se dice de nosotros que «tenemos la mente de Cristo». Lo que no fue revelado antes no solo es revelado ahora y lo comprendemos, como demuestra el capítulo en cuestión (1Co 2), sino que además las Escrituras se transforman de manera lógica para nosotros, si así podemos expresarlo, a través del conocimiento que revela el Hijo de Dios.

Si hablamos de las ordenanzas de la ley, no hay ninguna que ahora podamos mirar si no es desde la plenitud de una luz nueva y celestial. No se trata, pues, de que la palabra del Padre tenga que quedar necesariamente limitada a las revelaciones del Nuevo Testamento, pues la luz del Hijo de Dios se refleja en cada parte de las Escrituras. La misma porción que entendería un judío en un sentido, comunica unas lecciones totalmente distintas e infinitamente más profundas para el cristiano en otro, y esto no es ninguna fantasía nuestra ni ningún misterio de

la Escritura, sino el resultado de su plenitud real bajo la luz de Cristo. Tomemos el ejemplo de un judío devoto que leyera la Ley, los Salmos o a los profetas antes de la venida del Señor Jesús. Lo que leía en ellos era todo lo cierto que cabía esperar, y tenía su importancia para el objeto que se le daba literalmente. Pero ¡de qué modo tan intenso, amplio y profundo se ve todo desde la relación que conocemos en Cristo! La revelación del Señor Jesús, del que declaró el Padre a los discípulos, afecta cada parte de la Palabra de Dios, y transforma todo aquello que tenía como papel principal ser una mera institución de la ley en un testimonio de la verdad del evangelio, de la gracia divina y las cosas celestiales.

Tomemos, como ejemplo, el día de expiación. Un judío que leyera Levítico 16 tendría ante su mente unas instituciones determinadas de la ley: el sumo sacerdote, el novillo, los chivos, la aplicación de la sangre dentro y fuera y la confesión de los pecados sobre Azazel, que era enviado al desierto. Todo esto lo tenía presente, pero ¡qué diferente es para nosotros! No se trata de que neguemos o menospreciemos una u otra porción, ni siquiera que la plena verdad, la palabra del Padre —aplicada a esta cuestión— nos haga perder de tal manera un ápice de lo que un judío veía. La verdad es que el judío no tiene la menor idea de lo que ahora se nos permite conocer en comunión con Cristo, cuando meditamos en las cosas ocultas y celestiales. Vemos al Sumo Sacerdote entrar en el santuario y su aplicación es completamente otra. Cuando vemos al Señor Jesús entrar, no lo hace solo: nosotros vemos a otros en Él.

En el capítulo no se distingue este paralelismo. Es un misterio, y el misterio no fue revelado entonces, como sí lo es ahora. No es una cuestión de los hijos de Aarón ni tampoco se trata de poseer la efectividad de su valor. Para resumirlo un poco, diré que no conocemos a Cristo como una Persona sencilla, sino compleja. El Nuevo Testamento nos capacita para verle constituyéndonos una parte de Sí mismo. Somos «miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos». Contemplamos nuestra porción en Aquel que entra en el santuario y nos introduce en la presencia de Dios. No somos como el pueblo que se quedaba fuera, esperando la reaparición del sumo sacerdote que comunicase a sus conciencias que eran aceptados. Nuestro derecho es el de acceder a un conocimiento más profundo de este sacrificio para comprenderlo dentro del velo, no esperar a que se haga público fuera de él. El conocimiento que tenemos es el de saber lo que está ante la mirada de Dios en los cielos, no meramente la medida de aceptación que se formaba el pueblo al ver salir al sumo sacerdote. Se fundamenta en el hecho infinitamente más glorioso de que Dios ve la sangre y al gran Sumo Sacerdote presentándosele ante Él. Resumiendo, lo que no conocemos es la cantidad de consuelo o el juicio que se formaba, a raíz de ello, una mente devota, aunque el Espíritu de Dios obrase en ella, sino que descansamos en la mirada que el Padre pone en el Hijo y en Su obra, en aquello de lo que testifica el Espíritu Santo como consecuencia.

Todo está cambiado para nosotros. Conocemos, por ello, el gran valor de esta palabra, que supongo que ningún judío llegará a conocer como la conoce el cristiano: la justicia de Dios. El modo en que Israel la conocerá, de manera particular, será en cuanto a esta forma: la justicia de Jehová; pero nosotros vemos la justicia de Dios tal como es, y, desde nuestra capacidad, lo que han conocido las profundidades de Su naturaleza moral, todo aquello que glorifica por completo al Señor Jesús por medio de Su obra y con lo cual Dios se satisface; y Dios, según Sus consejos, se relaciona satisfactoriamente con nosotros, pues somos justicia de Él en Cristo.

Esto nos ilustrará sobre la clase de instrumento que es la verdad del Padre, Su palabra, en la función de separarnos para Dios tal como el Nuevo Testamento nos enseña, pero sin limitarse solo a él. Estoy ansioso por mostraros una cosa que se nos puede pasar fácilmente por alto, y es el cambio completo que ha revelado el conocimiento de Cristo en virtud de la redención

cumplida en el Espíritu Santo, para que gocemos con fe de todo su fruto; el cambio que se efectúa por ello cuando apreciamos, disfrutamos y aplicamos la Palabra de Dios. En resumidas cuentas, que el resultado de conocer al Cristo revelado como nosotros le conocemos es mirar las Escrituras como nunca las habíamos mirado. La mayoría de nosotros dice, y son más los que no lo dicen pero lo piensan, que un conocimiento así del Señor Jesús hace que la Biblia parezca un libro nuevo incluso para quienes hace tiempo que ya son cristianos. Estoy totalmente convencido de que muchos de los presentes saben lo que esto significa. Quiero apelar a lo que han experimentado sus almas. En vez de las preguntas, las angustias y las dudas irresueltas que las han embargado, la torpeza con la que se acercaban a la verdad de Dios, y su relación con Él, ahora han alcanzado este conocimiento pleno a través de Su gracia, tanto como cuando nosotros hablamos de la plenitud de las cosas; pero, a decir verdad, tenemos esta invitación para conocer, pues el Dios y Padre habla de nosotros desde un total conocimiento de Sí mismo, esto no podemos dudarlo. Habla también del más pequeño, de los hijitos que tienen la unción del Santo y conocen todas las cosas. ¿Cómo no podría hablar del más pequeño de Su familia? Él les ha dado a Cristo y al Espíritu Santo.

En efecto, somos santificados por la verdad, y la palabra del Padre es verdad. Esto es lo que produjo un cambio tan grande. El cristiano deja de lado la vieja costumbre de mirar la Palabra de Dios como la miraba. Sabemos lo que significa no ser ya medio judío y medio cristiano. Por Su infinita gracia fuimos traídos al evangelio para apreciar a Cristo y abrazar toda la revelación cristiana, y darnos cuenta de que, sea cual fuere su aplicación literal, queda absorbida y oculta bajo el brillo del que llena la mente del Espíritu desde Génesis hasta Apocalipsis.

Todas las Escrituras son nuestra herencia, ni más ni menos. Solo necesitamos conocer al Padre en el Hijo a fin de poder interpretarlo todo de esta manera. No se me podrá acusar de parco, ni tal opinión podrá admitir, siquiera en apariencia, que para el cristiano queda vedado el paso a todo cuanto el judío tenía como norma de muerte, y que algunos nos persuadirían de adoptar como regla de vida. Pienso más bien que quienes defienden la ley son más proclives a una acusación de este tipo. No, queridos amigos, no abandonemos lo que nuestro Salvador nos transmite en su infinito valor por aquello que Él utilizaba para encerrar al jactancioso judío bajo condenación. Si fuéramos judíos, habríamos dejado atrás esta clase de santificación. Los discípulos no solo eran judíos, sino judíos creyentes; sin embargo, necesitaban ser —todavía no lo eran— santificados por la verdad.

La santificación no era la conversión —ellos ya estaban convertidos—, sino el poder de separación de la palabra del Padre que iban a poder demostrar. El poderoso cambio se produjo en ellos. ¿Y cómo? ¿Qué es lo que ha dicho el Señor? «Santifícalos en tu verdad». Sin duda que lo que efectuó este cambio, en lo que a la palabra escrita se refiere, era un desarrollo nuevo de la verdad divina en que el nombre del Padre era revelado en y por el Hijo, como valor distintivo y destacado de todo lo demás.

Resumiendo, el medio instrumental era el Nuevo Testamento, pero lejos de querer restarle al Antiguo Testamento una fracción, esta es la mejor manera que tenemos de hacerlo verdaderamente nuestro, de comprenderlo en realidad. Con el conocimiento del Padre penetramos en cada porción de la Palabra de Dios para gozar de ella. Por lo tanto, no hay nada de lo que podamos tener pérdida. Imaginar que somos judíos no nos dará la verdad ni nos santificará, al contrario, precisamente quienes habían sido judíos eran los que fueron sacados de todo un sistema. La cuestión es si somos un hombre nuevo en Cristo.

Vemos claramente la base general de la que habla el Señor, y en cierta manera, del serio cambio que se efectuaría por el poder del Espíritu de Dios: «Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad». No hay que olvidar que los discípulos no estaban todavía en un terreno cristiano. La santificación de la que hablamos aquí es en realidad su separación como cristianos. No era la comunicación de vida, esto no es la santificación. Por otra parte, no se refiere simplemente a la obra práctica que continúa día tras día en el corazón del hijo de Dios, lo cual es también verdad e igual de importante, y hay versículos que hablan de ello bajo esta luz exclusivamente (1Ts 4:3,4; 1Ts 5:23; He 12:14). Hay una santificación, o una separación para Dios Padre, de una clase más general y fundamental. Sin excluir la obra práctica que sigue su propio desarrollo, es lo que yo creo que el Señor quiere decir: la separación bajo este nuevo y específico carácter cristiano, realizada con poder, de los discípulos que acompañaban al Señor Jesús. Todavía mantenían una relación con las viejas condiciones de cosas, pues hasta aquel entonces habían sido judíos, pero se acercaba el momento en que deberían salir de su judaísmo y esto era algo que el Señor tenía presente.

Él no se limita a decir «santifícalos por tu verdad» (la verdad del Padre que vemos de manera especial y directa en las Escrituras cristianas del Nuevo Testamento), sino también: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo». La cuestión ya no era la tierra de Judea. El mundo se extendía ante ellos. Si en la separación para el Padre había esta intimidad, la misión también era universal. El Señor Jesús tenía una misión entre las ovejas descarriadas de la casa de Israel, pero no es esta la manera como le vemos en el evangelio de Juan. Aquí hay en juego algo más importante. La realidad es que en todo este evangelio, al pueblo se lo considera completamente alejado de Dios y formando parte de un vasto sistema contrario al Padre. A todos, sin excepción, se les contempla en su maldad y enemistad irremediables. Como el Padre le había enviado al mundo, «así yo los he enviado al mundo».

Con la total intención de efectuar esta obra de separación para el Padre, el Señor añade otra verdad de mucho peso: «Por ellos yo me santifico [o me separo] a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad». Es decir, que la palabra del Padre (bendita palabra que todo lo transforma para nosotros) no es suficiente. Necesitamos un objeto personal al cual vincular nuestros afectos. ¿Quién podía ser este objeto sino el mismo Señor? Démonos cuenta de que no se trata del Señor Jesús terrenal. Los judíos tendrán la bendita revelación del Señor en su tierra, no digo cuándo ni el tiempo que durará, pero la tendrán, y verán al Prometido anunciándose a ellos, y Sus pies, como sabemos, pisarán el Olivete. Nosotros no le conocemos de esta ni otra manera. ¿Cómo le conocemos? Como ahora está en la presencia del Padre en los cielos. En esto consiste Su separación. Ya no es la víctima en la cruz donde Dios, lejos de santificarlo, le hizo pecado. En ella fue el sustituto abandonado por Dios para que los que creyéramos pudiésemos dejarle a Él este lugar. Aunque Jesús fue hecho pecado, no por ello fue menos objeto del contentamiento de Dios Padre, al contrario, en aquel juicio solemne hizo más intensa y profunda, a nivel moral, Su satisfacción. Fue también, en el sentido más real y verdadero, hecho pecado en la cruz, al efecto de identificarse completamente y sin reservas con todas las consecuencias de nuestro mal, sufriendo por ello de la mano de Dios, a quien el mal había ofendido y a quien el Señor había venido a glorificar. Lo cierto es que la cruz no fue una mera sombra, sino una realidad, a pesar de la vana presunción del mundo sobre el que fue levantada. Restadle valor a la realidad de Su sufrimiento y desaparecerá la realidad de vuestra redención. Restadle valor a la realidad de Su dolor y desaparecerá la realidad de la glorificación a Dios, mucho más importante que vuestra salvación o la mía. Hermanos, todo fue satisfecho y solventado para siempre. Todo el mal fue impuesto sobre Él, que fue juzgado por esta causa. No hubo nada por lo que el Señor Jesús

sufriera en balde, y no existió pecado tan negro que no lavara con Su preciada sangre. La consecuencia es que allí, y solo allí, reposa Dios satisfecho cuando mira al pecador y un alma infractora halla el descanso que su despertada conciencia necesita. Pero todo esto es completamente distinto de la separación que hace nuestro Señor, o del santificarse por nuestros pecados («para que también ellos estén santificados en la verdad»). Es el Señor Jesús quien es introducido en un lugar totalmente nuevo para el hombre, un lugar esencial, con el fin de que haya cristianos de hechos y de verdad. La esencia del cristiano es celestial, aunque esté en la tierra. ¿Cómo podía convertirse en celestial a menos que se le revelara un hombre celeste, que además es su vida? ¿Y quién podía ser este hombre celeste sino el hombre Cristo Jesús, que después de quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo toma este lugar nuevo como Cabeza de una nueva familia, desde el cual se nos revela por el Espíritu Santo?

Este es el valor de las palabras que añade nuestro Señor. En vez de ofrecernos la plenitud de la verdad en la palabra del Padre, y de manera particular en el Nuevo Testamento —quedando afectado todo el Antiguo para ofrecernos el medio definitivo de conocer al Padre en cada parte de las Escrituras—, se ofrece a nosotros como el objeto personal que nos da a poseer esta verdad. Y además de poseer en detalle la palabra del Padre, lo que nosotros queremos es un objeto al cual sujetar nuestro corazón. Tenemos esta necesidad para no perdernos en medio de la abundancia de las revelaciones divinas. He aquí Uno que reclama todo el afecto y desprendimiento de nosotros por medio de la revelación que hace de Sí, el más digno de cuantos objetos hayan merecido la aprobación de Dios Padre y admirados por nosotros, los hijos, que nos deleitamos en lo que Él se deleita. Nadie más que Cristo, después de haber juzgado el mal y ganado el bien, podía realizar la tarea de bendecirnos con Su justicia, por no hablar de Su amor. Esto es lo que Dios, como Padre, está realizando a través del infinito sacrificio del Señor Jesús. Lo revela ahora por medio del Señor, que está en presencia de Él, y es lo que nos da a conocer por el Espíritu Santo que ha sido enviado. Por tanto, la toma de posesión que hace el Señor de Su lugar a la diestra divina no es un hecho aislado en el cristianismo, un incidente de proporciones gloriosas y sin embargo estéril, todo lo contrario. La separación que hace desde el lugar a la diestra de Dios llega a la raíz de la verdad divina, a la raíz de nuestra inconfundible dicha. Él es allí el hombre modelo, según el cual el Espíritu nos forma en la verdad. Por eso es esencial que Él sea, de manera adecuada y plena, el medio de esta asombrosa manifestación de la verdad y del amor que Dios busca reproducir en quienes son cristianos.

Así, tenemos lo otro que comunican las palabras «y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad». Precisamos la palabra del Padre, pero también a la persona que está separada en el cielo, y precisamente en este orden, puesto que la verdad paterna anunciada en el Nuevo Testamento viene siempre antes de nuestra completa apreciación del Señor Jesús a Su diestra, que se santifica para que nosotros seamos santificados en la verdad. Y una vez hemos visto al Señor allí y somos conscientes de la importancia de tenerle como el objeto de nuestras almas, del todo ajenas a este mundo (premisa según la que el Espíritu Santo nos lleva hacia Él y nos moldea en nuestro camino), la verdad cobra mucha más importancia y acrecienta su poder. No queremos decir que la verdad no more en la Palabra, sino que es aplicada con incremento de la bendición. Como Él dice: «Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad». Vemos entonces que, si empezamos con la verdad y alcanzamos a ver el lugar personal del Señor, aquella recibirá cada vez más poder y notoriedad.

Iremos hasta algunos versículos principales del Nuevo Testamento que tratan de la santificación, y veremos nuevos elementos que desarrollarán esta importante verdad en sus distintas aplicaciones.

Casi todas las epístolas proporcionan evidencias: «A todos los que están en Roma, llamados a ser santos» (los que se llaman santos); «A los santificados en Cristo Jesús» (los que se llaman santos en Corinto); «A todos los santos que están en Acaya»; «A los santos que están en Éfeso»; «A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos»; «A los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas»; «A todos los hermanos santos» (hablando de los tesalonicenses). No puede haber ninguna confusión para las mentes simples, y menos aún inteligentes, de que se está describiendo a personas separadas para Dios desde el comienzo de la obra en sus almas. La Palabra no habla en modo alguno de sus capacidades ni de la obtención de conocimiento. Se da por supuesto que después de su llamamiento fueron separadas para Dios desde el principio de su carrera, nada más.

Esta verdad elemental representaba demasiado en la cristiandad como para no corromperse. No me refiero a la ignorancia supina de Babilonia, que beatifica a sus santos años después de su muerte, y nunca antes de presentar las pruebas de los teóricos milagros realizados por las reliquias del candidato fallecido. Incluso allí donde se rechaza la autoridad del Papa, ¿qué puede ser más cobarde que ir contra las Escrituras, y el rechazo voluntario de la mayoría de los creyentes de no reconocerse unos a otros como santos santificados en Cristo Jesús desde el instante en que confesaron el nombre del Señor? Solo se me ocurre una manera de calificarlo, y es una vergonzosa reticencia para conceder todo el crédito a la rica gracia de Dios y a la solemne responsabilidad del creyente. Empero ellos son santos y deben caminar como tales. La negativa a reconocerlo no es ninguna explosión de humildad, sino vana incredulidad que deshonra al Señor y produce una gran pérdida para sus almas. Es tan claro como la luz de los versículos que hemos presentado. Todos los que confesaban a Cristo eran llamados y tratados como cristianos, y la santificación es considerada como el vínculo de todos los que llevaban su nombre. Eran separados para Dios desde el mismo comienzo (comparar Hch 9:13; 20:32; 26:18).

Sin necesidad de tener que ocuparnos de todas, lo que nos haría rebasar los límites del presente discurso, hallamos una referencia más en 1Co 1:30. El apóstol dice: «Mas por obra suya estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». Creo que aquí el Espíritu de Dios utiliza la santificación en un sentido muy amplio, no solamente para separarnos desde el principio para Dios y el Padre mediante el Hijo, sino para ver el poder separativo que continúa desarrollándose en nuestras almas hasta el fin. Es una referencia muy general, y la razón para citarla es porque creo que contiene esta doble vertiente. La sabiduría se cita en contraste con la filosofía de los hombres que predominaba particularmente entre los griegos a los que él escribía. La justificación deja de lado todo lo que estaba cargado de imperfecciones, y se comunicaba por la gracia cuando había una falta total de coherencia moral del hombre para con Dios; y la santificación, que no solo empieza con la primera llamada, sino que continúa después. La redención completa la obra de la gracia. No se habla aquí de la redención a través de la sangre de Cristo, sino de la del cuerpo, y por lo que veo es a modo de conclusión. Una vez más se nos muestra lo general que es el término santificación. Como es evidente que la redención tiene un significado más extenso, supongo también que lo tiene la santificación.

Al llegar al capítulo 6, nos encontramos con un significado más preciso en el versículo 11: «Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido

justificados». No había ningún teólogo en el siglo diecinueve que fuera capaz de poner estas palabras en el debido orden. Es lógico, pues, que hayan perdido de vista la verdad. Dejame que os diga además que ningún escritor hubiera sido capaz nunca, en el siglo que fuera, de escoger la misma forma de las palabras excepto que hubiese sido inspirado por Dios. ¿Qué sabiduría obtenemos de ello? ¿Vemos por qué estas palabras no son solo verdaderas, sino que lo son más en este orden que en otro? Por descontado que el versículo no considera la santificación como la única aplicación de la verdad que hace el Espíritu a la conciencia después de ser justificados, que sería el sentido general que le dan los protestantes. Y mucho menos confunde la santificación con la justificación, al contrario que los católicos.

Es evidente, pues, y asumiendo que las palabras del apóstol sean el vehículo de la verdad divina perfectamente expresada, que la idea que pone límites a la santificación, como el proceso que se desarrolla en el alma después de la justificación, es del todo ineficaz. No es lo que quiere enseñarnos el apóstol. Pero ¿acaso quiere darnos a entender que menoscaba el valor y la necesidad de esta obra del crecimiento en la santidad, después de que creímos y fuimos justificados? Todo lo contrario, pues sé reconocer su importancia, y a la santificación se la llama correctamente por su nombre, describiendo nuestra continua y diaria separación para Dios con cada detalle. Pero mantengo que hay más verdades que al hombre le resulta difícil aceptar y valorar, pues carece del elemento que ofrece a los cristianos un discernimiento más claro y profundo de la relación que sostienen con Dios.

En primer lugar, ¿no es evidente lo que el apóstol dice a los corintios sobre su condición envilecida antes de que conocieran al Señor Jesús, y que fueron lavados cuando le recibieron? Es muy posible que haga alusión a su bautismo como una señal externa, pero no voy a discutirlo aquí. Lo que sí afirmo es que el lavamiento no es lo mismo que la santificación, y que la santificación es, como todos admiten al fin, una cosa diferente a la justificación. Sea como fuere, al expresar unas partes necesarias de la salvación cristiana, ¿no son correctas tal y como Dios las ha dejado escritas? De los corintios cristianos se dice que fueron lavados, porque la primera acción de la Palabra de Dios sobre un alma culpable es ocuparse de su impureza, detectar, juzgar y extirpar el mal que la corrompe. El lavamiento por la Palabra (Ef 5) no es la santificación, si bien está íntimamente asociado con ella. Por todo ello, la gracia de Dios toma nota de aquello que es completamente contrario a Él y le pone remedio. La santificación se ocupa definitiva y exclusivamente del bien para el que las almas son separadas. Hay un objeto que hace la separación, no meramente la limpieza de nuestro mal natural, y al cual quedan vinculados nuestros afectos.

Aunque distinguimos entre el lavamiento y la santificación, de hecho no pueden separarse del alma del que experimenta el poder vivificador de Dios¹. La sabiduría divina se muestra en el orden establecido para estos pensamientos y palabras. El lavamiento, repito, es la aplicación de la Palabra de Dios por el Espíritu Santo a la conciencia. Una vez ha recibido a Cristo en la verdad, proporciona al pecador el modo de detectar y juzgar su mal delante de Dios; ha nacido de Dios. Empero el efecto que tiene el nuevo nacimiento es hacerle sentirse como él es, lo cual en breve produce arrepentimiento. Y, sin embargo, la santificación adquiere un significado más

¹ Leemos en Efesios 5:27 que Cristo se entregó por la iglesia para santificarla, habiéndola lavado por el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a Sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; que fuera santa y sin mancha. La versión española puede confundir aquí, y de hecho lo hace, entre santificar y lavar, como la versión en inglés. El lavamiento o purificación del agua por la Palabra es la manera que tiene Cristo de santificar a la iglesia. El objeto es establecer la obra en sí, no distinguir entre la separación del inicio y la obra progresiva.

amplio cuando se revela el objeto que gana el corazón y lo atrae. Por consiguiente, queda claro que el lavamiento se refiere a la eliminación de la mancha, y que la santificación es más bien el efecto que produce el objeto revelado en el corazón cuando es ganado, quedando separado de todo lo demás.

Esta es la manera en que el Espíritu de Dios presenta esta cuestión. Hay, sin embargo, una tercera expresión: la justificación. Y aquí está claro que el ser justificado va después de la santificación, no antes. En el orden que los pone el Espíritu de Dios, viene a continuación del lavamiento y la santificación. ¿Cómo reconciliar esto con la opinión que limita la doctrina de la santificación a la santidad práctica de un cristiano después de ser justificado? Es imposible. ¿Tenemos que abandonar la afirmación del apóstol por incomprendible? ¿No tenemos derecho a recibir la verdad de Dios al respecto, para disfrute de nuestras almas? La verdad es que Juan 17 demuestra, de la manera como la emplea el Señor, que la palabra «santificados» tiene un significado distinto y más amplio que el que suelen asignarle los hombres, pero la forma en que el Espíritu de Dios utiliza esta palabra por medio del apóstol le imprime una huella muy distinta a la de su breve aplicación al crecimiento del alma después de que ha conocido al Señor.

Haré referencia a otro versículo para demostrar que no es nada arbitrario lo que digo, sino que el Espíritu divino lo ha diseñado del modo más evidente. El lado de la verdad es revelado por otro apóstol en 1P 1:2, donde se nos dice que los judíos cristianos que se diseminaron por toda Asia Menor fueron escogidos según la presciencia de Dios el Padre mediante la santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo. Es evidente que lo que se llama «justificados» en 1Co 6 ofrece la respuesta para la aspersion de la sangre de Jesús en este pasaje. Si el significado determinara la opinión mayoritaria, el apóstol lo habría escrito más o menos así: que estos judíos cristianos fueron elegidos para ser rociados con la sangre de Jesucristo, después de lo cual el Espíritu desarrollaría la obra de santificación en sus almas. Cuando menos, hace una afirmación totalmente diferente. Dice aquí: «Elegidos en santificación del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo». En una palabra, la aspersion de la sangre de Jesús se da por necesaria en virtud de la santificación, pues ellos fueron santificados por el Espíritu para ser rociados con la sangre jesuina.

¿Qué sentido se le da aquí a la santificación? Esta es la pregunta que de veras importa. ¿Quiere transmitir el Espíritu de Dios cuando hace decir a Pablo «santificados» o «justificados»?; ¿o por medio de Pedro, cuando dice «mediante la (ev) santificación de [el] Espíritu para obedecer y ser rociados con [la] sangre de Jesucristo»? Puesta delante de «justificados», en 1Co 6, y delante de la aspersion con la sangre de Jesús en 1P 1:2, la santificación en estos pasajes tiene que significar, inevitablemente, la obra del Espíritu Santo desde el momento en que el alma es vivificada y arde en deseos de Dios. El alma mira hacia arriba por causa de Jesús, desconfiando de sí misma, decidida a esperar todo lo bueno de Él. Tal vez no sepa todavía la provisión que ha hecho para ella la gracia, pero sabe lo que es confiar en la misericordia de Dios para acatar Sus juicios sobre todo lo que fue y ha sido hecho por ella. De ahí que le busque y esté perfectamente convencida de que en Él está toda la bondad, y confía en que la gracia divina le sonría a través del Señor Jesús. Pero lo que todavía no sabe es con qué rico interés esta gracia la ha buscado y cuánto ha obrado para ella antes de ser vivificada. El Espíritu de Dios produce el deseo de hacer la voluntad divina cueste lo que cueste, y presenta al alma el testimonio de la obra del Señor en su infinita eficacia delante de Dios. Luego, el alma es llevada a la aspersion de la sangre de Jesús, pero como fue escogida antes de que el Espíritu

empezara a obrar eficazmente en ella, Dios ya estaba operando antes de la aspersión de esta sangre.

Parece ser que hay una alusión a figuras o hechos del Antiguo Testamento en el lenguaje de Pedro, con los que pensaba causar en los judíos creyentes una viva impresión de su nueva posición, comparada con la que tuvieron sus antepasados. Un israelita apenas podía evitar recordar el pasaje de Éx 24:7-8, cuando Moisés «tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: he aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas». En su caso, tenemos los mismos elementos: la obediencia a la ley y la aspersión de la sangre de las víctimas ofrecida en ese momento solemne. ¡Qué contraste más grande! En el instante que determinaron obedecer la ley, Israel fue rociado con la sangre que declaraba la pena de muerte como castigo si la infringían. El cristiano participa de la vida de Cristo, la cual disfruta obedeciendo como hijo —y de la que fue aquel su perfecta expresión— y es rociado con Su sangre, que le declara limpio de sus pecados.

La obra eficaz del Espíritu Santo, de principio a fin, se llama en las Escrituras «la santificación del Espíritu». Abarca la completa separación del alma para Dios desde el inicio y en adelante. La vivificación ve el alma como estando muerta en delitos y pecados, para la que hay una vida nueva que Dios le da. Sin embargo, el efecto que tiene la vida divina es producir en el corazón la adoración al Dios que la ofrece. La santificación presupone siempre que los afectos sienten atracción hacia Aquel que confiere la bendición. Es posible que la profundidad y plenitud de esta bendición sean conocidas todavía en imperfección, pero a pesar de ello Él recibe la credibilidad del que sabe bendecir. Basta con que el alma esté convencida de que en la casa del Padre hay suficiente alimento y de la felicidad que le aguarda si entra en ella. El alma tiene la total seguridad de que en esta casa hallará la misericordia, aunque todavía no haya alcanzado a ver que una vez dentro será mejor tratada que un asalariado. El corazón tiene puesta su confianza en el amor que verá en esa casa, y con este pensamiento emprende el camino. He aquí el efecto logrado en un alma vivificada. Sin el Espíritu no se hubiera producido nunca el regreso del hijo pródigo al padre, ni aquel hubiera sentido la necesidad de una confesión al haber pecado contra el cielo y contra él. Esta acción del Espíritu tenía un efecto inmediato y vital. Desde el momento en que se produce el juicio en uno mismo, y los afectos del corazón se tornan hacia el Padre y Su casa, podemos hablar de santificación del Espíritu. Solo cuando se encuentra con el Padre y llega a conocer que el ternero es sacrificado por él, que se le entrega un anillo y se le da calzado nuevo y ropa nueva, podemos llamarlo doctrinalmente justificado. Y justificada es por el Espíritu la persona que pone la fe en la obra del Señor Jesucristo, según el sentido real de las Escrituras.

La santidad práctica viene a continuación de la justificación. No tengo el mínimo problema con este punto de vista, ni es mi intención suscitar ofensa alguna contra nadie ni contra ningún grupo sobre el tema. Se trata de una verdad importante que la obra progresiva de la santidad continúe después de que somos justificados. Pero ¿qué significa la santificación del Espíritu antes de ser justificados? ¿Y a qué se debe que los teólogos y predicadores nunca digan una palabra y lo echen a un lado? Lo cierto es que no lo hacen para honrar las Escrituras, ni por discernimiento de la verdad de Dios. ¿Cómo es posible que haya sido ignorada durante tantos siglos en la cristiandad hasta el presente? Si no se ha debatido nunca, ¿cómo podremos hallar entre los teólogos antiguos y modernos alguna expresión al respecto? Quién lo sabe..., y no creo que nadie pueda saberlo. El hecho es que esta verdad, con la salvedad de algunos que se

han dado cuenta de la desafección de la cristiandad hacia la fe, fue expulsada del modo más inexplicable de las escuelas de teología.

¿Qué podemos deducir de todo ello, hermanos míos? La dicha de que poseemos las Escrituras. Sus verdades no están en ningún lugar recóndito ni pueden quedar olvidadas sin causar perjuicio a las almas. Acarrea unas tremendas consecuencias perder de vista la santificación del Espíritu, desde la perspectiva con la que Pablo y Pedro hablan de ella. No hablo ahora de lo que podríamos llamar la santificación relativa o progresiva, ni del crecimiento en la santidad práctica, tal como se estila en teología. Estos términos podrán ser más o menos correctos, mas no pretendo hacer ningún debate con ellos, así que no nos detendremos en esta cuestión. En lo que a mí se refiere, creo que expresan la verdad de manera sustancial, y no mantengo controversia alguna con arminianos, calvinistas ni con nadie más sobre la materia.

La pregunta que sí hago a estos cristianos, y a vosotros, es si no os parece un hecho provocativo y fuera de toda regla que una de las principales verdades del Nuevo Testamento, y verdad capital para las almas temerosas de Dios, se haya vuelto indescifrable. Si me equivoco en este punto, agradecería que alguien me lo mostrara, pues me lo tomaría como un gesto de amabilidad si pudierais hacer el favor de indicarme en qué momento lo he pasado por alto. Después de una concienzuda pero estéril búsqueda, pienso sinceramente que lo que se ha dicho es la simple verdad, una verdad solemne, por cierto, de que la santificación del Espíritu, en el sentido más amplio que otorga el Nuevo Testamento al término, es una verdad que desconocen por completo —hasta qué punto, no lo sé— la mayoría de los cristianos de nuestro tiempo.

¿Tiene esto alguna consecuencia práctica para las almas? Sí, y en muchos aspectos. Y es obvio que, a quienes el Espíritu de Dios ha dejado Su huella, envía a menudo pruebas que les hacen sentirse miserables. En este sentido, no es la palabra del Padre, sino la ley, lo que se presenta ante ellos como norma que hace que se sientan aún más desdichados, pues nunca fue la intención de Dios que por medio de la ley pudiera sentirse dichoso el hombre. «Por la ley es el conocimiento del pecado». ¡Qué no representará para los hijos de Adán si no esclavitud, condena y muerte! (2Co 3). Además, como la ley no otorga poder, nunca puede revelar un objeto. Su función es otra muy distinta. Tiene la misión de convencer al alma culpable, enseñanza que el apóstol da explícitamente cuando dice que su legítima función no es para los justos, sino para los desleales y desobedientes, los descreídos y los pecadores, los impíos y los profanos. Se trata de la fortaleza del pecado, no de la santidad; lo contrario de un poder que santifica. La gracia del Padre nos revela el objeto más bendito que posee, y Su Palabra hace que este objeto sea el nuestro, lo que nos santifica: «Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad... Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad».

Lo que confiere, mientras dura la carrera del cristiano, el pleno carácter de la santificación cristiana es la santificación del Espíritu. Comienza con la primera operación que el Espíritu Santo efectúa de manera eficaz en toda alma nacida de Dios, y que por vez primera produce de forma real en una vida entregada que abre más o menos su corazón —pues puede haber obstáculos que a menudo se lo impidan— y dirige sus afectos a Dios. ¡Con cuánta frecuencia suele suspirar el alma en estos casos por la seguridad de esta santificación! Si una persona pudiera saberse santificada, qué aliviada se sentiría. Más de una, en estas mismas condiciones, teniendo conciencia de su indignidad se deprime hasta lo más bajo porque cree que no está santificada, no obstante la gracia del Señor Jesús. Qué consuelo sería para esta persona si se

conociera en un sentido más absoluto que el que gobierna sus pensamientos, y vaciándose se arrojava a los brazos de Cristo.

Mientras que Dios ofrece consuelo a un alma probada, desanimada y sin capacidad para hallar el pleno solaz y la paz por la fe en el Señor Jesús, pese a ser santificada, Él no permite que permanezca en ese estado. Aquí es donde se revela la importancia de las palabras de Pedro: «Elegidos en santificación del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo». ¿Por qué primero la obediencia? Esto entraña no poca dificultad, y a veces las personas son guiadas hacia una lamentable confusión de la verdad, pues aceptando que son llamadas a obedecer como creyentes, muestran una inclinación a pensar que si fracasan llegado el momento la sangre de Cristo será el recurso que compensará sus faltas. Esperamos que no haya nadie en esta sala que sea tan poco instruido en la mente de Dios como para tratar las Escrituras con tal frivolidad, por no decir escarnio. No, hermanos míos, el apóstol nunca quiso decir una cosa así, sino que cuando el Espíritu separa a un alma del mundo, es el primer movimiento de esta volverse de veras a Dios y dejar atrás el pecado y Satanás, y el principal y mayor deseo que tiene su corazón es obedecer, al tiempo que la aspersion de la sangre de Jesús le asegura que es lavada de la culpa a ojos de Dios. Al ser derribado en tierra, Saulo exclamó: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?». Sé que hay quienes piensan que esta respuesta era legalista, pero discrepo de su modo de pensar. Puedo garantizaros que, pese a no conocer todavía la plena libertad del evangelio, el apóstol respondió con acierto y fue bendecido. Se trata de la nueva naturaleza que anhela hacer la voluntad de Dios.

Se nos dice que la capacidad que tiene el alma escogida y santificada por el Espíritu de obedecer es mostrándose a Jesús. La obediencia y la sangre rociada conceden mérito a Su nombre. No hablamos de la obediencia de un judío, sino del contraste con ella. Tal es el sentido que tiene la palabra «Jesucristo» colocada al final del versículo: «Elegidos en santificación del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo». Las palabras sufren una pequeña variación para denotar su fuerza expresiva. La obediencia es la obediencia de Cristo, así como la sangre es Su sangre. ¿No es el primer deseo del alma vivificada querer obedecer? Dios no aprecia una obediencia que no sea de la clase que manifestó Jesús. No se trata de obedecer la ley, como hacía un judío con la esperanza de obtener ciertas bendiciones y por miedo a las maldiciones. El Señor nunca obedeció bajo este principio, sino que lo hizo actuando desde la conciencia de ser el Hijo de Dios. El cristiano más sencillo debería obedecer con una conciencia similar, pues por gracia somos también hijos de Dios, y nuestro Padre ha implantado este primer sentimiento en nosotros como señal de la vida nueva para que hagamos Su voluntad. Vemos en muchas personas nacidas de Dios que, a pesar de no tener libertad y estar muchas veces imbuidas de una doctrina que les resulta dañina, sus almas no pueden por menos que deleitarse en Su voluntad. En sus corazones desean permanecer fieles y ser obedientes, y quieren que la total sensación de libertad de la gracia de Dios les quite estas imperfecciones y, en ocasiones, errados pensamientos.

Esto es lo que creo que el Espíritu de Dios quiere decir aquí. La santificación del Espíritu es «para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo», en contraste con lo que los judíos decían jactanciosamente: «Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos». La consecuencia de ello era la aspersion sobre ellos y el libro de la sangre de la ofrenda, acto que los amenazaba con la muerte en caso de que desobedecieran la ley, puesto que este era el sentido que tenía la sangre para el pueblo y el libro del pacto cuando eran rociados con ella. Esta sangre no era la expiación que los protegía, sino la sangre que daba su sanción a la ley y a las obligaciones que tenían, enfrentándolos al hecho de tener que morir si fracasaban. A mí me

parece que el apóstol Pedro tenía todo esto en mente: el cambio es solamente posible para el cristiano que comienza su camino con el Salvador, no con la ley. Lo que encuentra en el Salvador es una fuente de vida con la que desea obedecer a Dios, así como la redención cumplida, y con esta vida empieza a caminar con los pecados borrados y olvidados de parte de Dios. Entonces, en lugar de presentarse ante él la sangre de las víctimas para recordarle que debe morir si fracasa, posee la sangre del Salvador que le asegura que todo está solventado, pues está lavado de sus pecados. Su redención eterna no es menos cierta que la vida que tiene en Cristo.

Confío en que estos pasajes, tras compararlos con los que ya estudiamos con más atención en Juan 17, hayan mostrado con suficiente claridad la naturaleza de la santificación cristiana que el Señor Jesús nos ha querido enseñar bajo su pleno carácter. Las epístolas continúan desarrollando el orden y el lugar de la santificación, o la separación del alma para Dios, como claro contrapunto de Sus otros tratos en gracia. Cristo señaló la importancia de estos pasajes, mientras que los que hemos examinado en las epístolas tienen su comienzo, por llamarlo así, en el corazón. Ambas citas comparten la verdad divina para ser tomadas en consideración, pero también es cierto que difieren no poco, a menos que me equivoque, de la creencia popular entre los hijos de Dios. Mi inquietud ha sido presentar, hasta donde Dios me lo ha permitido, el testimonio que da la Escritura de esta verdad trascendental.

Otros pasajes hacen referencia a la santificación práctica, y sobre ellos deseo hacer algún comentario más. Un pasaje claro de lo que estamos diciendo es el capítulo 12 de Hebreos, donde el apóstol dice: «Seguid la paz con todos, y la santidad (o la santificación, si lo queréis así), sin la cual nadie verá al Señor». Es evidente que está hablando de la santidad práctica al dirigirse a quienes él da por hecho que son cristianos. Entre ellos podía haber personas con el riesgo de volverse atrás, como sabemos que pasó. Personas que habían apostatado, pero el apóstol estaba «persuadido de cosas mejores, y que comportan salvación, aun cuando hable de esta manera». Mas aquí dice: «Seguid la paz con todos». Ellos ya tenían la paz con Dios, sin embargo continúa diciendo: «... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». No son palabras ásperas que puedan causar la mínima dificultad a un espíritu sensible, pues estoy seguro, hermanos míos, de que no hay ningún cristiano que afirme que pueda vivir la vida como se la plantea y aun así ir al cielo. ¿Puede una persona pecar por costumbre y ser nacida de Dios? El lenguaje de san Juan es más fuerte en «aquel que es nacido de Dios no practica el pecado». Lejos de toda duda, y como en justicia declaráis, el apóstol se refiere a la persona que ostenta este carácter, no a que un creyente no pueda fallar en un punto en particular, sino que nadie que sea realmente nacido de Dios sigue adelante con su vida sin tener ejercitada la conciencia y sus santos caminos delante de Dios. Nadie nacido de Él sigue en pecado, sino que camina conforme a la nueva naturaleza. Habrá diferentes capacidades y niveles de poder espiritual, como ya sabemos, pero todos los santos tienen un deseo similar que el Señor escucha y satisface, manifestando a sus almas el consuelo de la verdad, unas veces, y otras la rígida disciplina, pero de un modo u otro les envía fortalecimiento para Su plena satisfacción. De todo ello se deduce que no hay la menor base de justificación para esta exhortación, ni para excusarnos detrás de ella diciendo que esta santidad se refiere aquí a lo que somos en Cristo. Este no es el pensamiento, ni de lejos. Nos engañaríamos si pensáramos así.

En la primera epístola a los Tesalonicenses, se trata claramente de una cuestión práctica: «Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación»; «Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santidad» (o santificación). Aquí es evidente que está hablando de nuestro camino cotidiano en la santidad, y más adelante ruega que el Dios de paz santifique por

completo a los cristianos, para que su espíritu, cuerpo y alma sean hallados irrepreensibles a la venida del Señor Jesucristo. En definitiva, su mirada está puesta en la obra práctica que continúa haciéndose en el creyente.

He mencionado estos pasajes en concreto porque nunca deberíamos olvidar la otra cara de la verdad, cuando queramos afirmarla por entero. Lo que acabamos de decir demostrará que, además de la santidad práctica que ya hemos visto, el Nuevo Testamento habla, dando una clara indicación al respecto, del poder de separación del Espíritu divino sobre el alma de todas las personas nacidas de Dios, y desde sus rudimentos llama a esto «la santificación del Espíritu». Desde el instante en que se percibe el primer movimiento de vida divina en el alma, una persona ha sido santificada todo este tiempo. Puede que lo llame santificación personal, o absoluta, si lo que quiere es distinguirla de lo que viene después, es decir, de la santificación relativa que depende del crecimiento espiritual, del sometimiento a Dios, de los medios de los que se vale para conocerle, como pueden ser la Palabra, la oración, el ayuno, el autojuicio o la disciplina. Todas estas cosas sirven de ayuda para que en la práctica el alma crezca en la santidad.

Vamos a fijarnos brevemente en los pasajes de Hechos 20:32 y 26:18. Se hace imposible aplicarlos al progreso en la santidad si no los aplicamos antes al carácter y herencia de todos los cristianos. La configuración de la palabra *igiasménoi* no deja lugar para otro significado. La discusión radica en si esto solo es la condición de los creyentes al final de su carrera o cuando llega el fin del mundo. Romanos 15:16 y 1 Corintios refutan este tipo de limitación, y de modo más contundente Hebreos 10:10. Esto no lo debilita la forma de la palabra *agiazomenoi* del versículo 14, como en el capítulo 2 y versículo 11. El participio presente puede utilizarse de manera abstracta y aislada de la cuestión de la acción, o de la pasión, pero el tiempo perfecto no puede utilizarse como lo hace el versículo 10 sobre las mismas personas a la vez, si la idea es querer describirlas con *agiazomenoi*, es decir, afirmando que solo estamos bajo un proceso de santificación que sigue desarrollándose y que es todavía imperfecto. Porque si bien es cierto que el presente expresa tanto el momento real o el carácter abstracto, como el objetivo de la operación, el tiempo perfecto arroja por necesidad el resultado permanente de una acción terminada, afirmando por tanto que hemos sido, y seguimos siendo, santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo una vez y para siempre. La cuestión no es si se trata del consejo de Dios respecto a nosotros, sino de un efecto presente y duradero de la obra consumada de Cristo. De ahí que al querer poner de relieve *agiazomenoi* como indicando un proceso que está desarrollándose no sea solo arbitrario —pues el participio presente no siempre transmite este valor—, sino que sea rechazado también por *igiasménoi*, que determina el tiempo y excluye lo que es imperfecto. No se habla de la capacidad, sino del hecho presente y del carácter constante que el cristiano adquiere a través de la aceptación del sacrificio consumado de Cristo. Al traducir en el versículo 14 la *agiazoménous* como «los que son santificados», se demuestra, bajo la plasmación de una exactitud literal, que nunca hemos entendido el verdadero espíritu del pasaje y que no comprendemos la doctrina del apóstol sobre este apartado; y el *teteleióken* (él los ha perfeccionado) en la misma oración es irreconciliable con el esfuerzo de querer ignorar la santificación como un estado permanente, al negar el valor abstracto del participio presente tal como se utiliza en este caso. Es interesante observar que en el mismo capítulo el Espíritu utiliza, en el versículo 29, el tiempo aorista para describir a quien fue una vez un confesor bautizado de Cristo crucificado pero que después apostató de Él. El tiempo verbal solo establece el hecho histórico, mientras que el tiempo perfecto, que añade al mismo la idea de un resultado existente, no podría aplicarse con propiedad a alguien que rechazó a Cristo y consideró la sangre del pacto una cosa baladí. No es

cierto que hubiera llegado tan lejos en su vida espiritual como para que esta sangre le hubiera sido aplicada por fe, o que sus efectos santificantes, purificadores, hubiesen sido visibles en su vida. Esto es hablar por hablar, sin apoyo de las Escrituras, además de pasar por alto lo que dicen. El pasaje no dice nada de la vida espiritual, ni siquiera de aplicar la sangre por medio de la fe, ni de los efectos purificadores, visibles o invisibles, sino solo del pecar voluntarioso después de haber recibido el conocimiento de la verdad. Por exacto y completo que parezca, en sí mismo no implica ninguna obra divina en la conciencia que demuestre que la persona había nacido de nuevo y estaba convertida, pues muchos inconversos pueden poseer un amplio y determinado conocimiento y no obstante detener la verdad con injusticia. Muy diferente es la declaración de Hebreos 9:14, donde se dice que la sangre de Cristo purifica la conciencia de obras muertas con el fin de servir (religiosamente) al Dios verdadero. Si en el capítulo 10 se hubiera utilizado este lenguaje para definir el estado previo de quienes reniegan de la fe, tendríamos una base espiritual para poder fundamentar la idea de dichos estados. Ya sea que aquí se diga como que no, lo que sí tenemos, por otra parte, es el testimonio del capítulo 9, versículo 14, que lo descarta de forma más manifiesta. Hebreos 13:12 parece generalizar demasiado para poder decidirnos sobre la cuestión en cualquiera de sus aspectos, pero tenemos luz abundante en medio del riguroso lenguaje para saber deducir el significado sin equivocarnos.

Estos son los dos principales significados que se utilizan para la santificación, con referencia a los creyentes. No voy a entrar en la cuestión de la separación del Hijo realizada por el Padre (Jn 10:36), ni en la oración pidiendo que el nombre del Padre sea santificado (Mt 11:9; Lc 11:2), ni en la relación del matrimonio con un creyente (1Co 7:14), como tampoco en la comida que se tomaba en su estado natural y que luego se ponía aparte para que los fieles hicieran un uso devoto de ella. Lo importante es lo que los apóstoles Pablo y Pedro han puesto delante de nosotros, y tal como observamos, la santificación es algo que antecede a la justificación. Aplicar esto a las obras sería como destruir toda la verdad. No puede haber santidad en el corazón, ni unos caminos propiamente cristianos, antes de que un alma sea justificada. La doctrina de Trento desconoce el pasaje «Al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia».

Como ambos versículos hacen hincapié en introducirla antes de la justificación, queda claro que la santificación del Espíritu como tal tiene otro sentido que el meramente práctico, y que en principio significa la separación para Dios manifestada en el creyente de comienzo a fin. Así se dice en 2Ts 2:13,14: «Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo». La santificación del Espíritu acompaña aquí de manera evidente el «creer a la verdad», y ello «desde el principio». No es el crecimiento en la santidad, que sigue después. Sin embargo, el crecimiento real se produce cuando el alma, después de hallar el descanso en la obra de Cristo, se identifica con Él en la práctica mediante la operación del Espíritu, y le hace el objeto de su corazón: «Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros como siervos a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros como siervos a la justicia». Por consiguiente: «Ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna». Aquí vemos la manera en que el cristiano llega a comprender lo que el Señor Jesús expuso de forma total y plena: contemplar la santificación cristiana, y los medios específicos empleados, sin reclamar la atención sobre los momentos en que ocurre. Su objeto es más trascendente, el de

mostrarnos que somos separados para el Padre según lo que Él nos ha revelado por medio de Su Palabra y en el Hijo. «Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen, como por la acción del Señor, del Espíritu».

Concédanos el Señor que este rico y trascendental asunto reciba de nosotros una mejor valoración, puesto que suele conocerse poco y redundar en mucha pérdida para los hijos de Dios. Se olvida fácilmente y acaba hiriendo no solo a quienes comienzan su carrera, privándolos del consuelo de saber que son santificados, sino también a quienes llevan ya tiempo en el camino. Ojalá puedan mantener su estímulo sabiendo que, una vez han sido santificados, son llamados a caminar conformándose a nada menos que a la medida de Cristo, revelada por la Palabra del Padre. Pueda derivar su provecho no únicamente de unos fragmentos de la verdad, sino de toda la revelación divina que actúa por el poder del Espíritu de Dios, y sus afectos puedan ser renovados, juzgados y sondeados por estas comunicaciones divinas al tiempo que se concentran en la persona del Señor Jesús, y que a nosotros nos permita comprobar el valor de ser santificados por la Palabra del Padre y que el Hijo se ha separado por nosotros para que seamos conforme al modelo.

Amén.